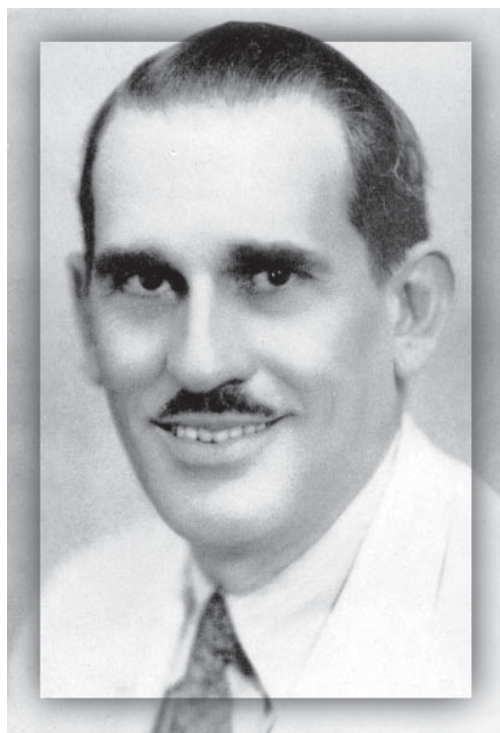


GRAU PRESIDENTE

EN PALACIO POR SEGUNDA VEZ

por Yoel PRADO RODRÍGUEZ*

SEIS DÉCADAS ATRÁS, NUESTROS abuelos depositaron sus esperanzas en un mesías político. No era la primera vez que lo intentaban y tampoco sería la última. Simplemente, cayeron fascinados a los pies de aquel cincuentón de sonrisa fácil, que solía saludar con la mano izquierda y coloreaba los mítines con la magia de su personalidad. Se encontraban frente a un candidato de lenguaje cantinflesco, capaz de seducir a los electores. Les prometió una “Cuba para los cubanos”; proclamó a viva voz que cada compatriota debía tener “cinco pesos en el bolsillo”; aseguró que con él habría “dulces para todos”; y no se cansó de repetir que “las mujeres mandan”.



Con un discurso centrado en esas ideas, el doctor Ramón Grau San Martín aspiró a la presidencia de la República en 1944. Para la ciudadanía no era un desconocido, sino una celebridad de la vida nacional. Además de desempeñarse como médico competente, había ocupado una cátedra en la Universidad y figuraba entre los mejores fisiólogos de América. Sin embargo, la mayor cuota de fama le venía de la política.

Grau fue uno de los pocos profesores que, en tiempos de Gerardo Machado, se opuso a las represalias de la dictadura contra los estudiantes rebeldes. Reconociendo esa digna actitud, los líderes juveniles del *Alma Mater* lo lanzaron al torbellino político postmachadista y lo catapultaron hasta la más encumbrada magistratura de la nación. Llegó a Palacio sin proponérselo y fue un Presidente que hizo época. En apenas cien días de locura —desde el 10 de septiembre de 1933 hasta el 15 de enero de 1934—, superó a todos sus predecesores en materia de justicia social, con la promulgación de un conjunto de leyes que el país estaba pidiendo a gritos.

Urge que nos detengamos aquí, pues algunos historiadores, al enjuiciar la obra de aquel efímero gobierno, cubren de elogios al entonces secretario de gobernación, Antonio Guiteras, y minimizan arbitrariamente la gestión presidencial. A Guiteras el mérito no hay quien se lo quite: con todos sus excesos, fue un hombre de ideas avanzadas que intentó dar a los sectores populares una vida mejor. Pero no actuó solo. La mayoría de sus decretos pasaron por el despacho del doctor Grau y llevaron la firma de éste.

De esa manera, vieron la luz medidas tan importantes como la implantación de la jornada laboral de ocho horas, el establecimiento del salario mínimo, la nacionalización del trabajo, el reconocimiento del derecho de sindicalización y la institución de un sistema de seguros y de retiros para los trabajadores, así como la rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad y la reducción de las tarifas de la energía eléctrica. Una legislación de este nivel tuvo un impacto imborrable en el pueblo, que comenzó a ver en Ramón Grau el símbolo viviente del ideal nacionalista.

**Por negligencia, por incapacidad
o simplemente porque
no se lo permitieron
las circunstancias,
lo cierto es que de 1944 a 1948
Ramón Grau San Martín
materializó sólo una pequeña parte
del cúmulo de promesas
que había delineado.
De ahí la decepción que provocó
en muchos sectores sociales.
Pero como cualquier gobierno,
el suyo registró luces y sombras
que conviene recordar.**

Esa percepción se reforzaría en los años sucesivos, pues la obra del derrocado líder pronto fue enarbolada como bandera por una colectividad que enriqueció el debate en la Isla: el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) o PRC (A). Constituido al despuntar el año 1934, este grupo anunció que su objetivo básico era “poner el poder político al servicio del pueblo de Cuba y utilizar los recursos de ese poder para conseguir la liberación económica”. En aras de corregir las enormes diferencias que fracturaban al país, el autenticismo propuso transformar el aparato estatal anquilosado en un moderno sistema que garantizase una distribución más justa de la riqueza social.

Portavoz de las aspiraciones de los sectores medios, era un partido que apostaba a la reforma, no a la revolución. Quería dar un vuelco al panorama nacional utilizando los canales democráticos, aunque estos fuesen débiles. Pese a la lejanía del exilio, Grau era la gran figura emocional que daba cohesión y altura a los auténticos. Supo guiarlos en medio del huracán y los llevó a puerto seguro. A finales de los años 30, el PRC (A) fue una pieza clave para concertar el pacto político que desembocó en la elección de la Asamblea Constituyente, gestora de la Carta Magna de 1940.

En vísperas de las elecciones presidenciales de 1944, la estatura de Ramón Grau San Martín era, pues, descomunal. Se enfrentó a un hombre competente aunque de escaso carisma, el doctor Carlos Saladrigas, quien tuvo a su disposición todos los resortes del poder como candidato del Gobierno. Lo apoyaba, incluso, la izquierda. Juan Marinello, uno de los líderes más escuchados del comunismo criollo, expresó en las páginas del periódico *Hoy* que Saladrigas significaba “la continuidad de la acción

progresista, democrática y popular de Fulgencio Batista”.

Sin embargo, la mayor parte de los electores no siguió la recomendación de Marinello y, en uno de los comicios más democráticos que recuerda nuestra historia, dio un millón 41 mil 822 votos al Profesor de Fisiología. Cuando se confirmó la noticia, Eduardo Chibás anunció con voz emocionada desde los micrófonos de la *CMQ*: “La jornada gloriosa del 1 de junio ha terminado ya (...) No ha sido la victoria de un partido ni la de un candidato. Es la victoria del sentimiento cubano”. La nación estalló de gozo. El triunfo era tan evidente, que el Gobierno debió aceptarlo. Cuatro meses después, el 10 de octubre de 1944, Ramón Grau San Martín tomaba posesión como Presidente de la República.

Sesenta años han transcurrido desde entonces. Si uno vuelve la vista atrás, alcanzará a comprender cuán grandes fueron las esperanzas que generó el triunfo de Grau. Repitiendo el costosísimo error de poner la suerte colectiva en manos de un hombre, nuestros abuelos pensaron que con él llegaría por fin la solución a los grandes problemas nacionales. No se equivocaban los periódicos de la época al decir que entraba en Palacio por segunda vez con “el mayor crédito que en todos los tiempos haya podido otorgar la opinión pública”.

¿Qué ofrecía el líder del autenticismo como para creer que su gobierno sería *sui generis*? Ni más ni menos que un montón de promesas atractivas. En su primer mensaje ante el Congreso, vaticinó que dotaría al país de una organización económica firme y estable, ordenaría la Hacienda Pública con eficiencia y honestidad, reformaría el sistema de

**Los cuatro años
de Ramón Grau San Martín
fueron fructíferos en el orden
económico, político y social.
El país, cuya población rondaba
los cinco millones de habitantes,
vivió una buena época
que contrastaba con las penurias
de aquel mundo que salía
de las ruinas humeantes
de la Segunda Guerra Mundial.
Es comprensible que los cubanos
quisieran quedarse en su tierra
y que muchos extranjeros
añorasen venir a vivir aquí.
La combinación
de prosperidad económica
y democracia política
que distinguía a Cuba,
el algo que no podemos desconocer.**

impuestos, promovería una reforma agraria capaz de crear miles de pequeños propietarios, diversificaría la economía e impulsaría la industrialización. También adelantó un ambicioso plan de obras públicas, el perfeccionamiento de la educación y la salud, la creación del Banco Nacional y la implementación de las leyes complementarias de la Constitución del 40. Para lograr todo esto, como él mismo intuyó, los auténticos necesitarían no cuatro, sino 20 años de permanencia en el poder.

Tomando en consideración lo que cumplió de tales proyectos, la historiografía cubana más reciente insiste en presentar al doctor Grau como un demagogo. En realidad, él hizo lo que acostumbran a hacer casi todos sus colegas de la política: prometió el sol y la luna para conquistar el poder, y una vez en la cumbre, aun manteniendo el mismo discurso, comprendió que las cosas no eran tan fáciles. Por negligencia, por incapacidad o simplemente porque no se lo permitieron las circunstancias, lo cierto es que de 1944 a 1948 Ramón Grau San Martín materializó sólo una pequeña parte del cúmulo de promesas que había delineado. De ahí la decepción que provocó en muchos sectores sociales. Pero como cualquier gobierno, el suyo registró luces y sombras que conviene recordar.

Empecemos por lo oscuro. Grau podía ser cualquier cosa menos ingenuo. Y una de las primeras medidas que adoptó fue la depuración de las Fuerzas Armadas. Sabía que aquel era el escenario predilecto de Batista, por lo que lanzó una lluvia de destituciones sobre los cuerpos armados, colocó gente de confianza en posiciones clave y no cometió el error de permitir que su predecesor regresara a la Isla. Alegó socarronamente que no podía ofrecerle garantías, y al General no le quedó más remedio que tomarse unas largas vacaciones en los Estados Unidos. Mientras tanto, en las calles de Cuba se desató una *vendetta* contra los represores del antiguo régimen. Los grupos gangsteriles protagonizaron una interminable cadena de acciones en la que cayeron no sólo batistianos, sino otras personalidades públicas y pistoleros de las propias pandillas.

El autenticismo fue incapaz de poner fin a esta situación de inseguridad. Por el contrario, trató de controlar a los gánsters otorgándoles privilegios: desde cargos en la Policía Nacional hasta “botellas” en los diferentes ministerios. Lo erróneo de esta política lo experimentaron en carne propia los habitantes de Marianao en 1947, cuando grupos antagónicos de los cuerpos policiales convirtieron el Reparto Orfila en campo de batalla. Obviamente, el auge del pandillerismo constituyó una de las lacras que más debilitó a Grau.

El otro talón de Aquiles fue la corrupción, que aunque no comenzó ni concluyó con él, sí alcanzaría niveles escandalosos. No podemos perder de vista que le tocó gobernar en una época compleja. Por un lado, la Segunda Guerra Mundial originó en el país la escasez de algunos productos básicos, lo cual propició el florecimiento de la

bolsa negra y disparó el costo de la vida. Muchos funcionarios públicos —incluyendo a renombrados ministros grausistas—, se enriquecieron al calor de las penurias. Después, cuando la situación se normalizó, también sacaron ventaja de los cuantiosos ingresos que supuso el fin de la guerra. Aunque en 1947 y 1948 la Isla logró zafras récords que dejaron ganancias millonarias, la salud de las arcas públicas se resquebrajó por la voracidad de los prohombres del autenticismo, a los cuales el Profesor de Fisiología dejaba hacer y deshacer.

Sin dudas el ejemplo más irritante era el del ministro de educación, José Manuel Alemán, quien saqueó los fondos públicos para amasar una enorme fortuna. Cuentan que tenía la bendición de doña Paulina Alsina, cuñada del Presidente solterón y Primera Dama de la República, cuya influencia resultó perniciosa durante el grausato. Fue muy triste que “el Viejo” permaneciera impasible frente a los desmanes. Su silencio dio mucho de qué hablar en una época en la que se robaron desde el diamante del Capitolio hasta uno de los leones de bronce del Paseo del Prado. Más que indiferente, fue cómplice de los ladrones del tesoro público, y no por casualidad comenzó a prepararse contra él en los tribunales un proceso por corrupción.

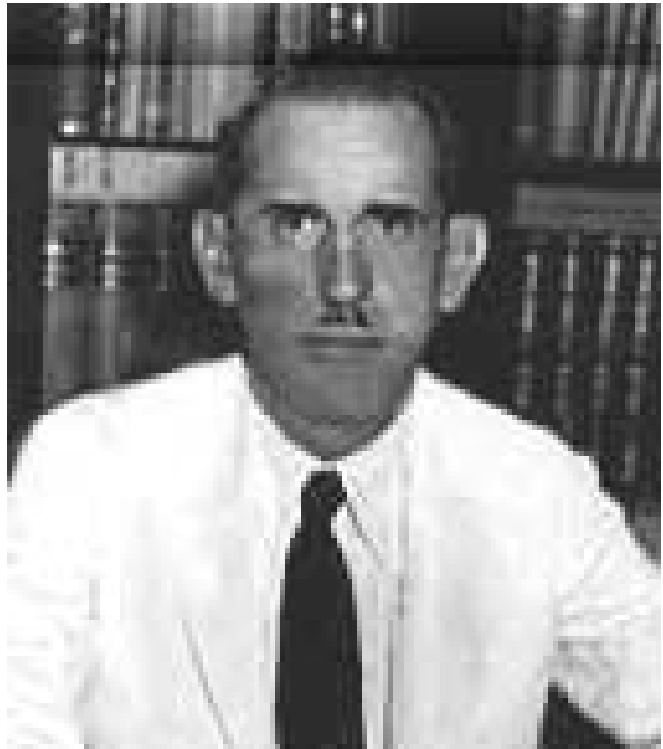
Esta incapacidad del Gobierno originó serios problemas, incluso con sus partidarios. Había en las filas del autenticismo gente honesta, como el entonces alcalde de La Habana, Manuel Fernández Supervielle, quien se pegó un tiro al no poder cumplir las promesas que había hecho a los electores. O como el senador Eduardo Chibás, quien sufrió una gran decepción y fundó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos), en la primavera de 1947.

A pesar de estas manchas, los cuatro años de Ramón Grau San Martín fueron fructíferos en el orden económico, político y social. El país, cuya población rondaba los cinco millones de habitantes, vivió una buena época que contrastaba con las penurias de aquel mundo que salía de las ruinas humeantes de la Segunda Guerra Mundial. Es comprensible que los cubanos quisieran quedarse en su tierra y que muchos extranjeros añorasen venir a vivir aquí. La combinación de prosperidad económica y democracia política que distinguía a Cuba, es algo que no podemos desconocer.

Bajo Grau, el país registró una envidiable recuperación económica debido al apogeo de la industria azucarera; la circulación comercial, los ingresos aduaneros y las recaudaciones estatales alcanzaron cifras impresionantes; aunque no se dictó la reforma agraria, sí hubo alguna protección para los campesinos frente a la omnipotencia de los latifundistas; surgieron nuevas industrias que permitieron sustituir importaciones y atenuaron el desempleo; se fortaleció la banca cubana y nuestra moneda emuló saludablemente con el dólar.

Uno de los sectores de mayor empuje fue el de las comunicaciones, al establecerse varias compañías de

**Lástima que su manía
de no dar demasiada importancia
a ningún asunto
haya empañado la gestión
de Ramón Grau San Martín...
Como dice el doctor
Herminio Portell-Vilá,
si el Presidente y sus consejeros
hubiesen estado a la altura
de sus responsabilidades
y hubiesen dirigido
un gobierno capaz
y respetable,
el futuro de la democracia
en Cuba habría quedado
firmemente establecido...”**



aviación y progresar con rapidez el transporte terrestre. El historiador Herminio Portell-Vilá recuerda que, hacia 1948, La Habana tenía el mejor servicio de autobuses de toda América Latina, mientras que ciudades como Matanzas, Cienfuegos, Santa Clara, Camagüey y Santiago de Cuba también empezaban a beneficiarse de las modernas y eficientes empresas de transporte.

Que no todos los ministros eran corruptos lo demuestra la obra del titular de Obras Públicas, José San Martín, primo del Presidente y a quien el pueblo apodó “Pepe Plazoleta”. Era un hombre honrado y talentoso que trabajó con creatividad mientras se lo permitieron las circunstancias. Bajo su batuta, el primer gobierno auténtico nos legó un sinnúmero de carreteras, puentes, alamedas, malecones, acueductos, edificios públicos y centros escolares. Los habaneros fueron los mayores beneficiados, y quizás algunos recuerden todavía la construcción de la Barriada Obrera de Luyanó, un admirable conjunto de concreto reforzado que incluía cientos de viviendas, escuelas, hospital y mercado.

En el orden social, Grau San Martín decretó aumentos de salarios y concedió beneficios a muchos sectores obreros, en particular a los trabajadores del azúcar, que ganaron la histórica batalla del diferencial. Curiosamente, uno de los reproches que hizo el gran capital al autenticismo fue haber permitido que los sindicatos tomaran tanto vuelo en Cuba. Esto se explica por el clima de absoluta libertad que imperaba. Los cubanos de entonces se movían bajo el frondoso ramaje de la Constitución del 40, que garantizaba el disfrute de los derechos políticos.

No por casualidad, el periodismo alcanzó ribetes de excelencia, enjuiciando desde todos los ángulos la obra gubernamental, sin que el Jefe de Estado se tomase la nefasta atribución de ahogar las voces discordantes. Un historiador de aquellos tiempos admitía: “Grau fue duramente censurado, en todos los tonos; a menudo se llegó a la injuria; sin embargo, observó una tolerancia sencillamente asombrosa (...). Su transigencia para con la opinión ajena fue en verdad ejemplar; y aunque poco caso parecía hacer de ella, no cabe duda de que su poder de asimilación le ha hecho destacarse como uno de los gobernantes más respetuosos de la libertad de pensamiento”.

Lástima que su manía de no dar demasiada importancia a ningún asunto haya empañado la gestión de Ramón Grau San Martín (dicho sea de paso, uno de los políticos más ingeniosos y ocurrentes que ha tenido Cuba). Como dice el doctor Herminio Portell-Vilá, “si el Presidente y sus consejeros hubiesen estado a la altura de sus responsabilidades y hubiesen dirigido un gobierno capaz y respetable, el futuro de la democracia en Cuba habría quedado firmemente establecido...” De todas formas, los cuatro años que pasó en Palacio merecen recordarse como un hito fundamental de nuestra apasionante historia republicana. Ω

** Licenciado en Periodismo y en Historia. Miembro del Consejo de Redacción de la revista Amanecer, diócesis de Santa Clara.*